



DIOSES

DE



JADE



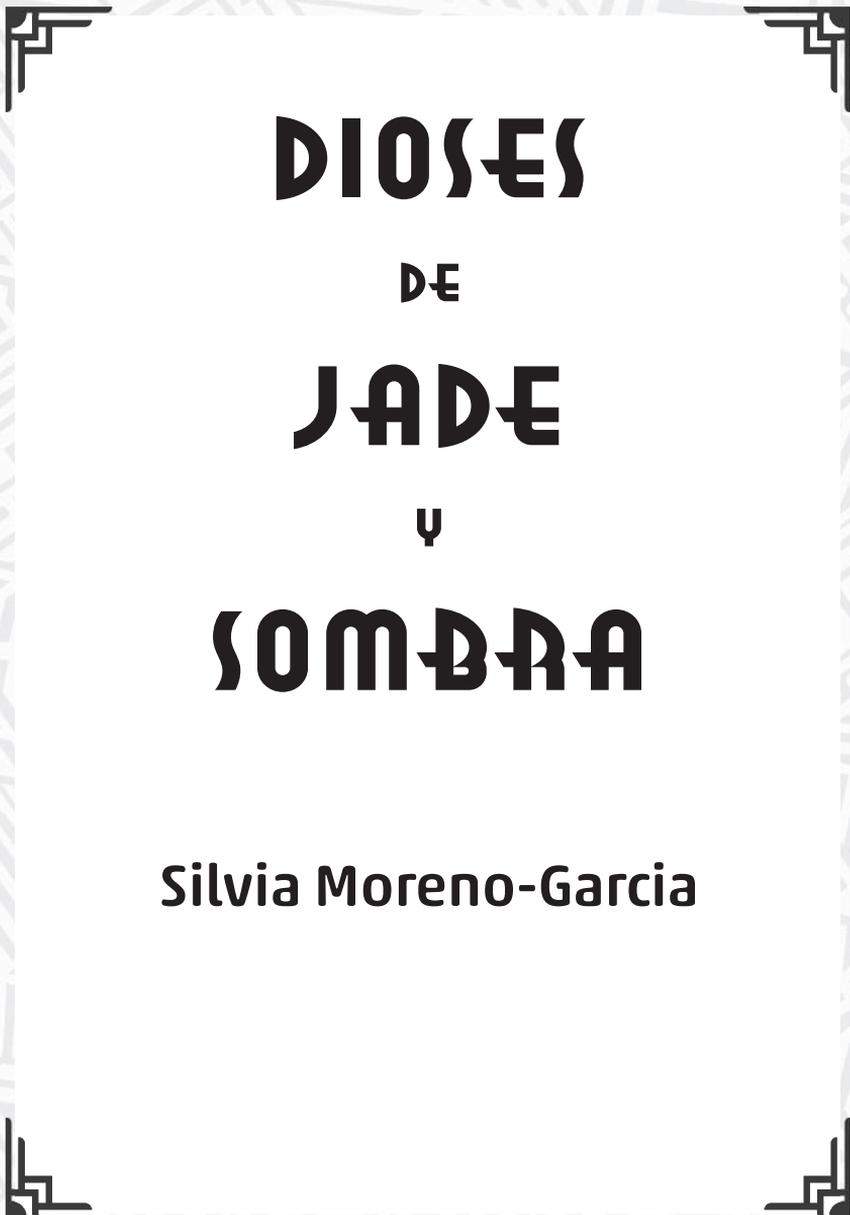
Y

SOMBRA



SILVIA MORENO-GARCIA

minotauro



**DIOSES
DE
JADE
Y
SOMBRA**

Silvia Moreno-Garcia

minotauro

Dioses de Jade y Sombra

© 2019 by Silvia Moreno-Garcia

Publicado por acuerdo con Del Rey, un sello de Random House, division de Penguin
Random House LLC

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Isabel Murillo Fort

ISBN: 978-84-450-1214-7

Depósito legal: B. 2.570-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Capítulo 1

Hay quien nace con estrella, mientras que otros tienen la desgracia telegrafada por la posición de los planetas. Casiopea Tun, llamada así en honor a una constelación, nació bajo la que debía de ser la estrella más vil del firmamento. Tenía dieciocho años, no tenía un centavo y se había criado en Uukumil, un pueblo insulso donde los vagones de tranvía tirados por mulas paraban dos veces por semana y el sol calcinaba los sueños. Era lo bastante sensata como para reconocer que había muchas otras jóvenes que vivían también en pueblos insulsos, en pueblos pequeños. Sin embargo, dudaba de que muchas jóvenes más tuvieran que soportar el infierno que era su vida diaria en casa de su abuelo, Cirilo Leyva.

Cirilo era un hombre amargado, con más veneno en su cuerpo marchito que en el agujón de un escorpión güero. Casiopea cuidaba de él. Le servía la comida, le planchaba la ropa y le peinaba su escaso cabello. Cuando la vieja bestia, que tenía aún fuerza suficiente como para pegarle en la cabeza con el bastón cuando le daba gana, no gritaba para que su nieta le acercara un vaso de agua o las pantuflas, sus tías y primos le ordenaban a Casiopea que lavara la ropa, trapeara o sacudiera el polvo de la sala.

«Haz lo que te pidan; no queremos que digan de nosotras que somos unas gorronas», le había dicho la madre a Casiopea. Y Casiopea se había tragado la rabia porque no tenía sentido discutir con su madre por el modo en que la trataban; para su madre, la solución a todos los problemas era rezarle a Dios.

Pero Casiopea, que con diez años de edad había rezado para

que su primo Martín se marchara bien lejos, a vivir a otro pueblo, comprendía a aquellas alturas que ella a Dios, si acaso existía, le importaba un comino. ¿Qué había hecho Dios por Casiopea, aparte de llevarse a su padre? Un empleado discreto y paciente, que amaba la poesía, que estaba fascinado por la mitología maya y griega, que solía contarle cuentos cada noche antes de ir a dormir. Un hombre cuyo corazón claudicó una mañana, como un reloj al que hubieran olvidado darle cuerda. Su fallecimiento obligó a Casiopea y a su madre a hacer las maletas y volver a casa del abuelo. La familia de su madre se había mostrado caritativa, siempre y cuando la definición que uno tenga de caridad fuera ponerlas a trabajar de inmediato mientras sus holgazanes parientes perdían el tiempo.

De haber tenido Casiopea esa tendencia romántica tan pronunciada de su padre, tal vez se habría visto como una Cenicienta. Pero a pesar de que guardaba como un tesoro sus viejos libros, los restos esqueléticos de su colección —muy en especial los sonetos de Quevedo, pozos de sentimientos para un corazón joven como el de ella—, había llegado a la conclusión de que era una tontería considerarse como una heroína trágica. Y en consecuencia, había decidido concentrarse en asuntos más pragmáticos, y sobre todo en el hecho de que su horripilante abuelo, a pesar de sus gritos constantes, había prometido que cuando falleciera, ella sería beneficiaria de una modesta suma de dinero, el suficiente como para poder irse a vivir a Mérida.

El atlas le mostraba la distancia del pueblo a la ciudad. Lo medía con la punta de los dedos. Llegaría ese día.

Y entre tanto, Casiopea vivía en casa de Cirilo. Se levantaba temprano y se consagraba a sus tareas, sin rechistar, como un soldado en campaña.

Aquella tarde le habían mandado trapear el pasillo. No le importaba, puesto que eso le permitía mantenerse al tanto del estado de salud del abuelo. Cirilo no estaba bien; no creían que llegara a superar el otoño. El médico había venido a visitarlo y estaba hablando con sus tías. Sus voces se filtraban hacia el pasillo procedentes de la sala, con el tintineo de las delicadas tazas de

porcelana puntuando una palabra aquí, otra allá. Mientras Casiopea tallaba las baldosas rojas con el cepillo, intentó seguir la conversación, puesto que pretender estar informada por otros medios de cualquier cosa que sucediese en la casa era ridículo; nadie se tomaba la molestia de hablar con ella sino era para darle órdenes a gritos. Y siguió escuchando hasta que un par de botas relucientes se detuvieron justo delante de la cubeta para trapear. No fue necesario levantar la vista para saber que se trataba de Martín. Reconoció el calzado al instante.

Martín era una copia de su abuelo en joven. Era robusto, ancho de espaldas, con manos fuertes y grandes, capaces de dar cachetadas impresionantes. Casiopea disfrutaba pensando que cuando se hiciera mayor, se volvería un viejo feo, lleno de manchas y chimuelo como Cirilo.

—Así que estás aquí. Mi madre se está volviendo loca buscándote —dijo, sin siquiera mirarla.

—¿Qué sucede? —replicó Casiopea, descansando las manos en su regazo.

—Dice que tienes que ir a la carnicería. El vejete quiere un buen corte de ternera para cenar. Y ya que sales, tráeme tabaco.

Casiopea se incorporó.

—Voy a cambiarme.

Casiopea no llevaba ni zapatos ni medias y su falda café estaba deshilachada. Su madre subrayaba siempre la importancia del aseo, tanto en la persona como en el vestido, pero Casiopea no creía que tuviera mucho sentido preocuparse por el dobladillo de la falda cuando se dedicaba todo el día a encerar suelos o a sacudir el polvo de las habitaciones. Aunque, si tenía que salir, sí que tenía que ponerse una falda limpia.

—¿Cambiarle? ¿Por qué? Es una pérdida de tiempo. Vete enseguida.

—Martín, no puedo salir...

—Ve tal y como estás, he dicho —replicó Martín.

Casiopea lo miró y se planteó desafiarlo, pero era una persona práctica. Si insistía en cambiarse, Martín le daría una cachetada y ella no habría conseguido otra cosa que perder el tiempo. A veces,

razonar con Martín era posible o, como mínimo, engatusarlo para que cambiara de idea, pero por la expresión colérica que exhibía en aquel momento, era evidente que había tenido una discusión con alguien y que ahora se desquitaba con ella.

—De acuerdo —dijo.

Martín se quedó decepcionado. Quería pelea. Casiopea recibió con una sonrisa el dinero que Martín le entregó para el mandado. Y su sonrisa dejó a Martín tan frustrado que Casiopea pensó por un momento que iba a pegarle sin motivo alguno. Al final, salió de la casa con la falda sucia y sin ni siquiera tomarse la molestia de envolverse la cabeza con un rebozo.

En 1922, el gobernador Felipe Carrillo Puerto había dictaminado que las mujeres podían votar, pero en 1924 se enfrentó con un pelotón de fusilamiento —que es justo lo que cabría esperar que les sucediera a los gobernadores que iban por la vida dando discursos en lengua maya y que no comulgaban con la gente que ocupaba el poder— y el privilegio quedó revocado. Tampoco es que eso tuviera importancia en Uukumil. Era 1927, pero podría ser perfectamente 1807. La revolución había pasado por el pueblo, pero la vida allí seguía igual que siempre. Un pueblo con nada excepcional, excepto una modesta cantera de *sascab*; el polvo blanco sacado a pala se utilizaba para construir carreteras. Sí, también había habido en su época una plantación de henequén, pero Casiopea sabía poco al respecto; su abuelo no era hacendado. Su dinero, por lo que ella sabía, procedía de los edificios de la propiedad que tenía en Mérida. Hablaba también de oro, aunque probablemente era más palabrería que otra cosa.

De modo que mientras las mujeres de otras partes del mundo se cortaban el pelo atrevidamente corto y bailaban charlestón, Uukumil era un lugar en el que Casiopea se exponía a una amonestación si paseaba por el pueblo sin la cabeza cubierta.

En teoría, después de la revolución, el país había sido declarado laico, algo que sonaba muy bien impreso en un decreto pero que era de difícil cumplimiento en la práctica. Las rebeliones de los cristeros hervían en la zona central de México siempre que el gobierno intentaba restringir la actividad religiosa. En febrero,

tanto en Jalisco como en Guanajuato, se habían producido detenciones de sacerdotes por incitar a la gente a alzarse contra las medidas anticatólicas promovidas por el presidente. Pero Yucatán era tolerante con los cristeros y la situación no se había encendido tanto como en otros estados. Yucatán siempre había sido un mundo aparte, una isla, por mucho que el atlas asegurara a Casiopea que vivía en una península cubierta de vegetación.

Y no era de extrañar que en el perezoso Uukumil todo el mundo se aferrara a las viejas costumbres. Tampoco era de extrañar que el cura del pueblo se mostrara cada vez más receloso y estuviera obcecado en preservar la moralidad y la fe católica. Miraba con desconfianza a todas las mujeres del pueblo. Toda infracción de la decencia y la virtud, por mínima que fuera, quedaba registrada. Las mujeres estaban destinadas a soportar la peor parte porque eran descendientes de Eva, que había sido débil y pecadora y había comido la jugosa manzana prohibida.

Si el cura se cruzaba con Casiopea, la haría volver a su casa, pero ¿y qué si lo hacía? No sería el cura quien le daría unos azotes peores de los que Martín pudiera darle, y era precisamente su estúpido primo el que no le había permitido ni la oportunidad de asearse.

Casiopea llegó tranquilamente a la plaza del pueblo, que estaba dominada por la iglesia. Tenía que seguir las órdenes de Martín, pero se tomaría su tiempo. Observó los comercios amontonados bajo los portales de la plaza. Había un boticario, un sastre, un médico. Era mucho más de lo que otros pueblos tenían, pero Casiopea no podía evitar sentirse insatisfecha. Su padre era de Mérida y había sacado del pueblo a su madre para llevarla a la ciudad, donde había nacido Casiopea. Y ella se sentía de allí. O de cualquier otro lugar, de hecho. Tenía las manos callosas y feas de tallar la ropa contra el lavadero de piedra, pero su cabeza era la que se llevaba la peor parte. Anhelaba, aunque fuera, una migaja de libertad.

En algún lugar, lejos de su fastidioso abuelo y de su impertinente camarilla de parientes, había automóviles elegantes (le encantaría poder conducir), vestidos bonitos y atrevidos (como los

que salían en las revistas), bailes (cuánto más movidos, mejor) y una vista sobre el por las noches (lo sabía gracias a una postal robada). Había recortado fotos de todas aquellas cosas y las guardaba bajo la almohada, y cuando soñaba, soñaba con nadar por la noche, con vestidos con lentejuelas y con un cielo despejado y repleto de estrellas.

A veces, se imaginaba a un hombre guapo haciendo pareja con ella en esos bailes, una creación amorfa compuesta por su subconsciente a partir de las fotografías de actores de cine que aparecían en los anuncios de periódico de jabón y pasadores para el pelo, y que también guardaba, a buen recaudo, en el fondo de la lata de galletas que contenía sus propiedades más preciadas. A pesar de eso, nunca se sumaba a los chismes y las risillas de sus primas, que expresaban en voz alta sus sueños. Ella mantenía la boca cerrada; sus fotografías estaban en la lata.

Casiopea compró los productos que necesitaba y, arrastrando los pies, inició el camino de vuelta. Contempló la casa de su abuelo, la mejor casa del pueblo, pintada de amarillo y con sofisticadas rejas de hierro forjado en las ventanas. La casa era tan bonita como había sido en su día El Principio, aseguraba el abuelo. El Principio era el nombre de la famosa hacienda cercana, un edificio gigantesco donde docenas y docenas de trabajadores pobres se habían deslomado durante décadas, antes de que la revolución los liberara y obligara a los antiguos propietarios a huir al extranjero, aunque las condiciones de los trabajadores no habían mejorado.

La casa de Cirilo Leyva era una casa grande, rebosante de elegancia y repleta de todos los objetos valiosos que un hacendado pudiera tener. Con el dinero que poseía, el anciano podría haber dejado a la familia instalada en Mérida, pero Casiopea sospechaba que el hecho de haber regresado a Uukumil estaba relacionado con su deseo de jactarse de su riqueza delante de la gente con la que se había criado. Era el viaje contrario al que Casiopea quería realizar.

¡Qué bella era aquella casa amarilla!

Y cuánto la odiaba ella.

Casiopea se secó las gotas de sudor que impregnaban su labio superior.

Hacía tanto calor que Casiopea sentía la cabeza como si la tuviera dentro de un horno. Tendría que haberse llevado el rebozo para protegerse. Pero a pesar del calor, se entretuvo fuera de la casa y tomó asiento a la sombra de un naranjo. Si cerraba los ojos, tal vez consiguiera oler el aroma a sal. La península de Yucatán, Uukumil, eran lugares remotos, aislados de todo, pero el aroma a sal siempre estaba cerca. Era algo que amaba, y que echaría de menos en una ciudad lejana del interior, pero aun sabiéndolo, estaba dispuesta a hacer el cambio.

Al final, consciente de que no podía retrasarse más, Casiopea entró en la casa, cruzó el patio interior e hizo entrega de las provisiones. Su madre, con el pelo recogido en un pulcro chongo, estaba en la cocina, cortando ajo y hablando con las criadas. Su madre también trabajaba para ganarse el sustento, como cocinera. El abuelo apreciaba sus habilidades culinarias, por mucho que lo hubiera defraudado en otros aspectos, sobre todo con su matrimonio con un moreno don nadie de origen indígena. El matrimonio había dado como fruto una hija también morena, lo cual era, si cabe, aún más lamentable. La cocina, aunque concurrida, era un buen lugar donde pasar el día. Casiopea solía ayudar allí, pero cuando cumplió trece años, golpeó a Martín con una vara después de que él insultara a su padre y, desde entonces, la obligaban a llevar a cabo tareas más bajas, para enseñarle humildad.

Casiopea se quedó de pie en un rincón y se comió un bolillo; aquel pan con corteza dura era una delicia mojado con el café. Y cuando la comida del abuelo estuvo lista, Casiopea se la llevó a la habitación.

El abuelo Cirilo tenía la habitación más grande de toda la casa, llena a rebosar de muebles de madera de caoba, con el suelo decorado con baldosas de importación y las paredes pintadas a mano con motivos de viñas y frutas. El abuelo pasaba la mayor parte del día recostado entre almohadones en una monstruosa cama de hierro forjado. A los pies de la cama había un precioso baúl de color negro que jamás abría. El baúl tenía un único elemento decorativo:

la imagen de un hombre decapitado siguiendo el estilo maya tradicional, sujetando entre sus manos una serpiente de doble cabeza, un símbolo de realeza. El *k'up kaal*, la decapitación, era un motivo bastante común. En las paredes de los antiguos templos, la sangre de los decapitados se mostraba a veces brotando a chorros que adoptaban la forma de una serpiente. Pero la imagen grabada en la tapa, y pintada de rojo, no representaba la sangre, sino una espalda curvada y la cabeza decapitada cayendo al suelo.

Tiempo atrás, Casiopea le había preguntado a su abuelo acerca de aquella singular figura. Le parecía curioso, puesto que el abuelo nunca había mostrado interés por el arte maya. Y él le había respondido diciéndole que no se metiera en sus asuntos. No había tenido otra oportunidad de volver a preguntar o conocer más detalles sobre aquel objeto. El abuelo guardaba la llave del baúl en una cadena de oro que llevaba siempre colgada al cuello. Se la quitaba solo para bañarse y para ir a la iglesia, puesto que el cura era muy estricto y tenía prohibido lucir cualquier tipo de ornamento durante las misas.

Casiopea dejó junto a la ventana la cena de su abuelo que, refunfuñando, se levantó y se sentó a la mesa donde comía cada día. Se quejó sobre el pescado, que encontró demasiado salado, pero no le gritó. Por las noches, cuando los dolores se hacían más acuciantes, era capaz de bramar durante diez minutos seguidos.

—¿Tienes el periódico? —le preguntó a Casiopea, tal y como hacía todos los viernes. Los dos días en los que el tranvía paraba en el pueblo, traía de Mérida el periódico de la mañana.

—Sí —respondió Casiopea.

—Lee.

Casiopea leyó. De vez en cuando, el abuelo agitaba la mano, un gesto que era la señal para que dejara de leer aquel artículo y pasara a otro. Casiopea dudaba que a su abuelo le importara lo que le leía y pensaba que lo que buscaba simplemente era compañía, aunque no lo dijera. Cuando se hartó de lectura, el abuelo la despidió.

—Me han dicho que hoy has sido grosera con Martín —le dijo su madre más tarde, cuando estaban preparándose para acostarse.

Compartían habitación, una maceta con una planta, un soporte de macramé para dicha planta y una pintura agrietada de la Virgen de Guadalupe. Su madre, de pequeña, había sido la hija que más quería el abuelo.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Tu tía Lucinda.

—Ella no estaba presente. Fue Martín el que se mostró primero grosero conmigo —dijo Casiopea, protestando.

Su madre suspiró.

—Sabes de sobra cómo funciona esto, Casiopea.

Su madre le cepilló el pelo. Era un cabello grueso, negro, recto como una flecha, y le llegaba a la cintura. Durante el día, Casiopea lo llevaba recogido en una trenza para que no le cayera en la cara y lo mantenía en su lugar con vaselina. Por las noches lo dejaba suelto, y le ocultaba la cara y la expresión. Detrás de aquella cortina de pelo, Casiopea frunció el entrecejo.

—Sé que es un cerdo, y el abuelo no hace nada para contenerlo. El abuelo es incluso peor que Martín, es un vejstorio malvado.

—No debes hablar así. Una joven de buena cuna tiene que medir sus palabras —dijo su madre, amonestándola.

«De buena cuna.» Sus tías y sus primos eran damas y caballeros. Su madre había sido una mujer de buena cuna. Pero ella no era más que la pariente pobre.

—Hay días que me gustaría arrancarme todo el pelo, por la forma en que me hablan —confesó.

—Tienes un cabello precioso —dijo su madre, dejando el cepillo—. Además, amargarte solo sirve para ponerte a ti de mal humor, no a ellos.

Casiopea se mordió el labio. Se preguntó cómo habría hecho su madre para tener la valentía de casarse con su padre, a pesar de tener a toda la familia en contra. Aunque, si el desagradable rumor que Martín le había susurrado al oído era cierto, el matrimonio había tenido lugar porque su madre estaba embarazada. Eso, dijo Martín, la convertía a ella casi en una bastarda, en la hija de un príncipe pobre y sin valor alguno. Y por eso ella le había pegado con aquel palo, un golpe que le había dejado a él una ci-

catriz justo encima de la ceja. Era una humillación que Martín nunca le perdonaría. Y un triunfo que Casiopea jamás olvidaría.

—¿Leíste lo que te pedí?

—Mamá, pero ¿qué importancia tiene que yo sepa leer, escribir o sumar? —replicó enojada Casiopea.

—Tiene importancia.

—No voy a ir a ningún lugar donde eso tenga importancia.

—No lo sabes. Tu abuelo ha dicho que nos dará mil pesos a cada una cuando fallezca —le recordó su madre.

En la Ciudad de México, una empleada de un buen establecimiento podía obtener un salario de cinco pesos al día, pero en el campo, la mitad de esa cifra, o menos, era más realista. Con mil pesos, Casiopea podría vivir un año entero en Mérida sin trabajar.

—Lo sé —dijo Casiopea, suspirando.

—Y aun en el caso de que no nos lo diera todo, tengo mis ahorros. Un peso aquí y un peso allá, y tal vez podríamos hacer algún tipo de plan para ti. En cuanto seas un poco mayor, uno o dos años más, podríamos quizás pensar en volver a Mérida.

«Una eternidad —pensó Casiopea—. Tal vez jamás.»

—Dios ve tu corazón, Casiopea —dijo su madre, sonriéndole—. Y ve que es un corazón bueno.

Casiopea bajó la vista y pensó que no era así, puesto que su corazón burbujeaba como un volcán y tenía un tenso nudo de rencor en el estómago.

—Ven, dame un abrazo —dijo su madre.

Casiopea obedeció y abrazó a su madre como hacía de pequeña, pero el consuelo que obtenía entonces cuando establecía aquel contacto era imposible de replicar. Estaba enfadada y en el interior de su cuerpo se vivía una tormenta perfecta.

—Nada cambiará nunca —dijo Casiopea.

—¿Qué te gustaría que cambiara?

«Todo», pensó Casiopea. Pero se limitó a encogerse de hombros. Era tarde y no tenía sentido volver a discutir sobre el tema. Al día siguiente se repetiría la misma letanía de tareas, volvería a escuchar la voz de su abuelo ordenándole que leyera, las burlas de su primo. El mundo era completamente gris, sin la más mínima pizca de color.